



Andrés Sáez, con su guitarra y su fiel Prat. :: E. BOTELLA / AGM

:: ALEXIA SALAS



PROPIOS Y EXTRAÑOS

El músico con visión

Andrés Sáez, guitarrista intuitivo, invidente con mucha vista, cooperante del pueblo saharauí, enseña: «He aprendido a vivir sin dinero y sin ojos»

- **Quién:** Andrés Sáez.
- **Qué:** Guitarrista.
- **Dónde:** San Pedro del Pinatar.
- **Pasiones:** La música y África.
- **Pensamiento:** «Me duele lo que pasa lejos».

que cogió su bastón, su guitarra y el banjo que lleva con él más de cuarenta años, y se marchó a tocar por los bares de la costa allicantina y de Mallorca. «Conocí a Jaime Marques, Augusto Alguero, a los Tres Sudamericanos, a Mari Trini y a Víctor Manuel. De día me defendía, pero de noche, cada vez era más difícil», hace memoria. Finales de los setenta, su época dorada entre músicos y recitales de distancia corta, el encuentro con su mujer y, finalmente, la decisión de volver a San Pedro. «Necesitaba un lugar más tranquilo. Ya iba perdiendo mucha vista», cuenta el guitarrista.

Lejos de paralizarse ante la adversidad, se montó en un avión con destino a Detroit, donde comenzaban a instruir a los perros guía que le han proporcionado independencia y seguridad a lo largo de la vida. «He tenido tres perros porque cada 10 años me traen uno nuevo. Es duro después de estar siempre juntos, pero la vida sigue. Prat lleva 7 años conmigo. Yendo con él, el miedo no existe», afirma, «es mi GPS con pelos. He ido a ver tocar a un grupo al Corner-bar de El Mojón- yo solo con Prat en una noche de niebla, o me voy adonde sea si me entero que un amigo estrena una Fender».

Con el tiempo, Andrés ha abierto los ojos a otras realidades. «Me duele lo que pasa lejos. Mi sitio es África. Allí aprendí a vivir sin dinero y sin visión, y no tenía miedo porque la gente es tan solidaria, a pesar de que la vida vale tan poco», asegura Andrés sobre su descubrimiento africano. Todo comenzó cuando decidió acoger a una niña saharauí durante varios veranos a través de la Asociación de Amigos del Pueblo Saharaui de San Javier. Se marchó sin dudarlo al campamento de Tindouf a saber de la pequeña, y ha regresado varias veces a llevar medicamentos, atrapado por la generosidad de los que no tienen ni tierra. «Allí sobrevives sin nada, te dan té, habichuelas, para qué más; bueno, un día comí sopa de camello y me puse muy malo», sonríe el músico.

Andrés no tiene dudas: «Si volviera a empezar, me iría a ayudar a África. Me duele lo que pasa lejos. De las sociedades avanzadas se desaprende. Y no me voy ahora porque mi mujer se preocupa». No se le olvida aquella pequeña de piel oscura de la que no ha vuelto a saber y que ya debe ser madre. Enseguida echa mano de la foto que lleva en la cartera con la sonrisa inmutable de una negrita de destino desconocido. «Cómo estará la niña», se pregunta, «allí las cartas no llegan, ¿te imaginas un sitio sin direcciones?».

Andrés, su guitarra George Benson y Prat, el perro lazarillo, forman la trinidad más estimulante e inseparable después de los Bee Gees o Los Panchos, pero vistos de cerca resultan aún más cautivadores. El veterano músico hace sonar su acústica cada día al menos dos horas, mientras el golden retriever negro, inteligente y tranquilo, doblega su voluntad al calor con una pesada siesta. Melodías de John Lennon, Simon & Garfunkel o Dylan salen de las manos de este inquieto guitarrista a quien el mundo se le fue poniendo cada vez más negro desde la infancia. Hasta ahora. «Veo solo algo de claridad», explica Andrés, aunque en realidad sabe que «mi problema de la vista me ha enseñado a ver, ahora lo veo todo más claro. Tal vez si tuviera vista no vería muchas cosas, estaría en otros asuntos».

A los 14 años cogió por primera vez la guitarra y fundó varios conjuntos que actuaron por Murcia y alrededores, Los Solois, Los Rayos, Los Júpiter. Con 23 años la oscuridad ya acechaba -«pero veía algo más y además era más joven y más ágil», recuerda-, así